

- | | |
|--|--|
| 503 A los Sres. Mc Calmont Geaves
y Comp. | 513 A los Sres. Richard y Louis. |
| 504 A los Sres. Manning Mackintosh. | 514 A los Sres. Stürken Pollitz y C ^o . |
| 506 A D. Manuel Pérez del Molino. | 516 A los Sres. Saulnier y Carrau. |
| 507 A D. Manuel Torre. | 517 A los Sres. T. Bahre Uhthoff y
Comp. |
| 508 A D. Pedro Berges de Zúñiga. | 518 A los Sres. Bates Jamison y C ^o . |
| 509 A D. Pedro del Paso y Troncoso. | 519 A los Sres. Víctor Perret y C ^o . |
| 510 A D. Pedro Palhouzié. | 520 A D. Isidoro Ochoa. |
| 512 A D. Ramón Grinda. | |



Capítulo IV.

Arribo de D. Fernando Cortés con su escuadra al islote de San Juan de Ulúa. - Su desembarco en la playa de Chalchihucuecan. - Primera fundación de la Villa Rica de la Veracruz. - Elección de su primer ayuntamiento, y otros sucesos notables ocurridos en aquellos sitios desde el desembarco del conquistador hasta la llegada del primer Virrey de la Nueva España.

1519 - 1535

COMIENZAN los anales de Veracruz con el acontecimiento más notable de cuantos se encuentran registrados en las páginas de la historia del Nuevo Mundo. El nombre que hasta el día conserva esta ciudad y su fundación, forman el prólogo o la introducción de un episodio tan interesante, cual lo es la conquista de México; de este episodio que, tanto por las extraordinarias proezas que se atribuyen a los diversos personajes que en él figuran, como por la prontitud y facilidad con que llevaron éstos a cabo su intento, parece, más que una historia, un cuento fabuloso de los tiempos de la mitología; y a la verdad que si fuese permitido a un pueblo el envanecerse con los gloriosos títulos ad-

quiridos por las personas a quienes debe su existencia, Veracruz podría muy bien lisonjearse con orgullo de haberla recibido de un hombre extraordinario, del personaje más elevado entre los primeros europeos que trabajaron en las conquistas y civilización del continente americano, de D. Fernando Cortés.

El haber sido esta ciudad, improvisada por él, el punto donde hizo su desembarco en unión de sus valientes compañeros de armas, al pisar el territorio del grande imperio mexicano, y donde meditó y dió los primeros pasos para llevar a cabo la obra atrevida de convertir en una colonia de España esta parte que en aquella época era sin duda la más poblada, rica y poderosa del vasto continente descubierto por Colón, hacen que su nombre, eternamente unido al de aquel hombre famoso, a quien la historia tiene colocado entre los grandes capitanes de su siglo, participe en alguna manera de su celebridad.

La multitud de obras que, traducidas en diversos idiomas, han circulado por todos los pueblos civilizados de la tierra, refiriendo las extraordinarias hazañas que un puñado de españoles acometió en la conquista de México, hacen que no haya una sola persona medianamente instruída en la historia de América, que ignore los principales pasos dados por su caudillo para la consecución de aquella empresa, entre los cuales figura necesariamente el nombre de Veracruz como el de la primera ciudad fundada por éste en el suelo cuya adquisición para la corona de Catsilla debía ilustrar para siempre su memoria.

El presente capítulo, habiendo de limitarse únicamente a la narración de los hechos ocurridos en las playas de Veracruz, durante aquel extraordinario acontecimiento, dará a conocer las diversas escenas de que estos sitios fueron teatro en el gran drama de la conquista del antiguo imperio de Moteuczoma, en ese drama verdaderamente digno de estudio para todos los pueblos, porque en él se encuentra el ejemplo de una nación compuesta de algunos millones de habitantes, dejándose subyugar por un corto número de soldados que, aunque dirigidos por una inteligen-

cia no común, y sostenidos por su propio valor y sufrimiento, debieron principalmente su espléndido triunfo a la ignorancia y embrutecimiento en que aquélla se hallaba sumergida.

Hemos visto ya en la conclusión del primer capítulo de esta obra, el modo con que se desprendió de la isla de Cuba la pequeña escuadra mandada formar por su Gobernador Diego Velázquez a las órdenes de D. Fernando Cortés, y ahora diré aquí brevemente cual fué el curso que siguió en su travesía, a fin de que se tenga una noticia de los puntos en que tocó y de los sucesos ocurridos en ella antes de su arribo a la bahía de San Juan de Ulúa. ,

Dirigida aquella escuadra por Antón de Alaminos y los demás pilotos que acompañaron a Juan de Grijalva en el viaje que nueve meses antes había hecho éste hasta la desembocadura del Pánuco, y siguiendo su mismo derrotero, tocó primeramente en la isla de Cozumel, donde Cortés, con el objeto de pasar una revista a sus fuerzas de mar y tierra, y con el de establecer el mejor orden posible para la continuación de su marcha, se detuvo algunos días, durante los cuales tuvo la fortuna de rescatar del poder de los indios al diácono español Jerónimo de Aguilar, quien por haber permanecido entre ellos ocho años, a consecuencia de haber naufragado en aquella costa viniendo del Darién a la isla de Santo Domingo, conocía ya bastante bien su lengua, y pudo por ésto servir de intérprete entre sus compatriotas y aquellos indígenas.

Desde la isla de Cozumel se dirigió Cortés con su escuadra hacia la costa al norte de la Península de Yucatán, continuando por ella hasta la desembocadura del río de Tabasco o de Grijalva, adonde llegó el 12 de marzo; y habiéndose internado en éste con una parte de su gente, colocada en los buques más pequeños y algunos botes, tuvo varios encuentros con los naturales, hasta que por último, el día 25 de marzo empeñó con ellos un combate formal, en el que se asegura que perecieron más de

ochocientos indios, y que dió por resultado el que éstos, desengañados por tan repetidos descalabros, de su impotencia para luchar con los españoles, hiciesen las paces con ellos, y les presentasen algunos obsequios, entre los que figuraban veinte mujeres, que se repartieron entre los capitanes, siendo una de ellas la célebre Doña Marina, de la cual tuvo más tarde Cortés un hijo y que tan importantes servicios prestó a los españoles en la conquista de México.

De esta manera permaneció detenida aquella expedición más de un mes en el río de Tabasco, ocupándose Cortés, luego que consiguió la pacificación de todos los habitantes de aquellas comarcas, en someter a sus caciques a la obediencia del gobierno de España, y en persuadirlos a que adoptasen la religión cristiana, cuyo punto, si no era siempre el principal objeto, era sí el pretexto con que los conquistadores de aquellos tiempos justificaban todos sus procedimientos contra los pueblos gentiles.

Hecho ésto, se puso de nuevo en marcha Cortés el lunes santo 18 de abril, siguiendo la costa hacia el norte, y a los tres días de navegación, ésto es, el jueves santo, 21 de dicho mes, llegó al fondeadero de San Juan de Ulúa con toda su escuadra, la cual, como queda ya dicho en el capítulo primero de estos apuntes, se componía de once buques de diversos portes.

Veamos ahora cuales eran todos los elementos de que se formaba aquella armada.

Comenzando por la capacidad de los buques que la componían, no obstante que Bernal Díaz del Castillo, les da el nombre de navíos, era demasiado reducida, pues el mayor de ellos, que era el que montaba Cortés, no tenía más que cien toneladas, y aunque entre los restantes había otros tres de setenta a ochenta, los demás eran tan pequeños que no tenían cubierta. Sobre uno de estos buques, que era la Capitana, donde venía el mismo Cortés, ondeaba el pabellón que este enarboló desde la isla de Cuba, en el que se veía una cruz roja sobre un campo

blanco y azul, con esta inscripción: **Amigos, sigamos la Cruz, y si tuviésemos fé, en esta señal venceremos.**

El número de personas que venía en ellos ascendía a más de ochocientos, de este modo: quinientos ocho soldados, ciento nueve marineros, y sobre doscientos indios e indias de la isla de Cuba y de Tabasco, que venían también en la expedición para hacer los ranchos de la tropa y para todos los demás servicios necesarios a la misma.

Además, como elementos de guerra, y por cierto que de los más eficaces, por el terror que inspiraban a los indios, deben mencionarse once caballos y cinco yeguas que igualmente venían en la expedición, y que fueron los primeros animales de esta especie que pisaron el suelo mexicano.

Para el servicio eclesiástico de la armada, venía como capellán de ella un religioso de la orden de la Merced, llamado Fr. Bartolomé de Olmedo, y otro clérigo particular, llamado Juan Díaz.

Por último, traía aquella expedición los bastimentos necesarios para su gente, aunque para corto tiempo, y sobre todo venía provista de algunos productos ligeros de la industria europea, particularmente de objetos de quincallería, que eran los más a propósito para obtener de los indios en cambio el oro, a cuyo género de comercio se daba entonces el nombre de rescates.

Tales eran en conjunto todos los elementos de poder y de fuerza de esta armada que debía nada menos que fundar una colonia sobre los escombros de un grande imperio destruído por sus manos; y en verdad que por muy ridículos que nos parezcan hoy aquellos elementos, que en nuestros días bastarían apenas para ejecutar una empresa de pescadores, fácil es comprender el asombro que su vista causaría en los sencillos habitantes de las antiguas playas de Chalchiuhcuecan, para quienes la presencia de tantos buques reunidos, de tantos hombres de otra raza superior a la suya, de los caballos y de todo el bélico

aparato que los acompañaba, era un espectáculo completamente nuevo y desconocido.

Pocos momentos después de haber anclado los bajeles junto al islote de San Juan de Ulúa, se dirigieron de la costa hacia ellos dos canoas con algunos indios enviados por el Gobernador de aquella comarca, para que, con el pretexto de ofrecer a los recién llegados extranjeros los auxilios que necesitaran para la continuación de su viaje, averiguasen, si era posible, el verdadero objeto que los traía a aquel punto. Admitidos inmediatamente a bordo de la Capitana de la escuadrilla y presentados a Cortés expusieron a éste con modales atentos el motivo de su embajada para lo cual fué necesaria la intervención de la india Doña Marina y del diácono español Aguilar, pues no conociendo éste más que la lengua maya de Yucatán y no la mexicana, tenía que recibir de Doña Marina, que sabía las dos, la explicación de lo que decían los mexicanos en su idioma, y traducirlo luego al español, empleándose así en esta y las demás conferencias de Cortés con los mexicanos, hasta que Doña Marina aprendió el castellano, tres idiomas y dos intérpretes.

Cortés acogió bondadosamente la visita de aquellos indios, y recordando lo mucho que a éstos habían agradado las bujerías que les había traído Grijalva el año anterior, después de manifestarles que el único objeto que lo conducía a sus costas era el de comerciar con ellos y tratar con su rey acerca de algunos asuntos de la mayor importancia, los obsequió con varias frioleras que juzgó de su gusto, y para complacerlos más les hizo probar algunos tragos de vino de España, con lo cual se retiraron bastante satisfechos del buen trato que habían recibido.

Al día siguiente, viernes santo, procedió Cortés al desembarco de sus tropas, así como de los caballos y la artillería, haciendo construir desde luego en la misma playa en que está hoy situada la ciudad de Veracruz, algunas grandes cabañas con troncos y ramas de árboles, donde pudiese abrigarse él y toda su gente en cuyo trabajo, lejos de ser molestados los españoles

por los indios, fueron ayudados por gran número de ellos que se presentaron en el campamento al otro día en nombre de su Gobernador, y armados de los instrumentos necesarios, para adobar las chozas y colocar sobre ellas unas mantas grandes, a fin de resguardarlas del excesivo calor del sol. Aquellos mismos indios presentaron a Cortés algunas gallinas, pan de maíz, frutas y diversas joyas de oro, anunciándole a la vez que al día siguiente pasaría a visitarlo el Gobernador, quien le traería otros obsequios.

En efecto, el domingo de pascua se presentaron en el campamento dos gobernadores de la costa, llamados Teuhtile y Cuitlalpitoc, con un gran séquito de criados; y después de cambiar Cortés con ellos algunas expresiones de respeto y urbanidad, y manifestarles por medio de los intérpretes cuánto celebraba su visita, los abrazó y les suplicó lo esperasen unos instantes para poder hablar con ellos más despacio. En esta demora tuvo por objeto Cortés dar a aquellos idólatras antes de entrar en otras pláticas, una idea de la religión cristiana, haciendo cantar a su presencia una misa solemne en el altar preparado allí al intento, cuya misa, como queda ya dicho en el capítulo segundo de esta obra, fué la primera que se celebró en los dominios mexicanos.

Una vez terminada aquella ceremonia, invitó Cortés a los gobernadores a que comiesen con él y sus capitanes, procurando de esta manera ganar su amistad y obtener todas las explicaciones que deseaba sobre la población y riqueza del país en que se hallaba. Con este fin, les manifestó durante la comida, cómo él y los suyos eran súbditos de Don Carlos de Austria, el mayor monarca de Oriente, cuya bondad, grandeza y poder trató de hacerles entender con magníficas palabras, y que habiendo tenido noticia de la existencia de aquellas ricas tierras y del gran señor que las gobernaba, los enviaba en su nombre a contratar con sus vasallos, y a comunicarle algunas cosas de suma importancia, para lo cual deseaba saber el lugar donde podría

verlo. A esta última indicación de Cortés, contestó Teuhtile manifestándole cuanto le sorprendía el que cuando apenas había llegado a su país, pretendiera ya ver a su rey; pero que supuesto que lo deseaba así, se lo haría saber a la mayor brevedad posible, no dudando que consentiría en admitir a su presencia la embajada de tan gran monarca.

En seguida presentaron los mismos gobernadores a Cortés un petlacalli o caja hecha de cañas, en la cual había algunas alhajas de oro, y además diversas obras curiosas de plumas, diez cargas de trajes de algodón y gran cantidad de víveres, a cuyo obsequio correspondió Cortés con otro, compuesto de varios objetos de Europa, que aunque de poco valor, eran muy apreciables para los indios, tanto por serles enteramente desconocidos como por su aparente brillo.

Además, entregó Cortés a aquellos gobernadores para que lo presentasen en su nombre al emperador Motecuzoma, un sillón de madera bien labrada y pintada, algunas cuentas de vidrio de las más preciosas que traía, y una gorra de terciopelo carmesí con una medalla de oro o dorada, en la cual se veía a San Jorge, montado a caballo y con lanza en mano, matando a un dragón. Respecto de este obsequio, les encargó Cortés dijese a su señor que le era enviado expresamente por el monarca de España, de quien era embajador.

Después de hecho ésto, y habiendo observado Cortés que Teuhtile llevaba entre los indios que lo acompañaban algunos pintores con el fin de que copiasen todos los objetos de que se componía la armada, para presentar a su rey una imagen exacta de lo mismo que iba a referirle, quiso dar a aquellos pintores un espectáculo capaz de hacer grande impresión en el ánimo de su señor, y para ésto dispuso que corriesen en la playa los caballos con sus correspondientes jinetes, haciendo algunas evoluciones militares, y que al mismo tiempo disparasen todas las piezas de artillería, lo cual fué visto con el espanto que es de suponerse, así por los gobernadores como por todos los indios

de su comitiva, cuyo número, según Gomara, no bajaba de cuatro mil.

Entre las armas de los soldados españoles, observó Teuhtile que uno de ellos tenía una celada dorada, muy semejante, según él mismo decía, a otra que tenía uno de los ídolos de México; y habiendo manifestado gran deseo de tomarla para presentársela al emperador Motecuzoma, accedió Cortés a ello, pero con la condición de que había de devolvérsela llena de oro en polvo, bajo el pretexto de ver si el metal de esta clase que se sacaba de las minas de este país era igual al de su patria. (1).

Luego que concluyeron los pintores de hacer sus dibujos, se despidió amistosamente Teuhtile de Cortés, prometiéndole que dentro de muy pocos días volvería con la respuesta de su soberano, y se dirigió a Cuatlachtlan, que era el lugar de su residencia ordinaria, desde donde, según Bernal Díaz del Castillo y Torquemada, pasó personalmente a México a dar cuenta con la embajada de Cortés, llevando el regalo de éste y las pinturas, o bien, como dice Solís, envió aquellos objetos con el aviso de lo que ocurría en la costa, por medio de las postas que existían siempre dispuestas en los caminos. Mientras que se alejaba Teuhtile para desempeñar aquella comisión, permaneció Cuitlalpitoc en unas cabañas poco distantes de las que ocupaban los españoles, para cuidar de que los indios de las inmediaciones proveyesen a Cortés y sus principales capitanes de los alimentos que podían procurarles, que eran pan de maíz, gallinas, pescados y algunas frutas.

Antes de separarse de Cortés los gobernadores, les suplicó diesen orden a los pueblos de las cercanías para que llevaran al campamento oro para cambiarlo por los objetos que traía la

(1)—“Algunos historiadores dicen que Cortés, para exigir la celada llena de oro, se valió del pretexto de cierto mal de corazón que padecían él y sus compañeros, y que sólo se curaba con aquel precioso metal.

Clavijero. Historia Antigua de México, tomo II, página 13.

expedición con ese intento, cuya súplica fué obsequiada satisfactoriamente, presentándose casi todos los días después de la marcha de Teuhtile algunos indios con pequeños tejos de oro y otros metales de menos valor.

De esta manera fueron establecidas las primeras relaciones entre Cortés y los súbditos del emperador de México, y ya se vé por todo lo que acabo de referir, que en vez de hallar los españoles la menor resistencia por parte de los habitantes de la costa en que hicieron su desembarco, recibieron de ellos pruebas repetidas de respeto y admiración.

A los siete días de haberse ausentado Teuhtile, se presentó éste de nuevo en el campamento, acompañado de un embajador de Motecuzoma, a quien Bernal Díaz llama Quintalbor, y cuya semejanza en su cuerpo y facciones con las de Cortés era tal, según el mismo historiador, que todos los soldados españoles le hablaban después con el nombre de su capitán (1). Luego que se halló este embajador en presencia de Cortés, siguiendo la costumbre que, según Clavijero, tenían los mexicanos de manifestar su respeto a sus superiores, tocó con la mano el suelo y la llevó a la boca, incensó a Corés y los demás capitanes que estaban en su compañía (2), y por último les hizo a todos un

(1).—El retrato de D. Fernando Cortés que acompaña este capítulo, es copia del original que existe en el Museo Nacional.

El escudo de armas que se vé sobre su izquierda, le fué concedido por Carlos V en 1525, y está dividido en cuatro cuarteles, de este modo: en el superior de la derecha está el águila que representa el sacro romano imperio, y en el inferior un león dorado en campo rojo que representa las victorias que con su valor alcanzó: en el superior de la izquierda hay tres coronas de oro en memoria de los tres emperadores de México, Motecuzoma, Cuitlahuatzin y Quahtemotzin, a quienes venció; y el inferior representa la ciudad de México sobre las aguas, en memoria de haberla conquistado. Tiene por orla el escudo las cabezas de siete señores vencidos por Cortés, y por remate un yelmo con su luna.

El facsímile que se ve al pié del retrato, es copiado de las firmas que existen en el libro de actas del Ayuntamiento de México, correspondiente a los años 1524, 1525 y 1526.

(2).—Este acto de incensar a los españoles, aunque no fuese más que un obsequio puramente civil, y el nombre de Teteuctin (Señores) con que los llamaban, y que es algo semejante al de teteo (Dios), les hicieron creer que los mejicanos los creían seres superiores a la humanidad.

Clavijero, Historia Antigua de México, tomo II, página 14.



45
F. Cortés
mexico

Conquistador de México,
y fundador de la ciudad de Vera-Cruz.